

Título: El papel del maestro frente al valor supremo de la vida”

Autora: María Isabel Velásquez Rojas

Palabras claves: MAESTROS, UNIVERSIDAD, VALORES, FORMACION DE VALORES

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo el de reflexionar acerca del maestro y su papel en la institución universitaria de manera que pueda actuar en la formación de los profesionales que se necesitan en el mundo de hoy, capaces de generar cambios y transformaciones en correspondencia con las necesidades de su contexto social; en otras palabras, preparados para la vida.

*“Palabras que fluyen como agua sin cesar y hacen caminos,
Sobre lechos secos, horadan piedras, desentrañan sabias cavernas,
Antiguas y re-creadas palabras. Palabras de mercurio, azufre
Y oro que reverdecen tierras áridas (...)
Palabras multicolores, palabras que unen mundos
que reinventan vidas, encienden llamas, estrechan manos,
acercan cuerpos, acompasan corazones,
palabras que en este caso no pueden quedarse solo en eso.”*

Waira.

Sumergidos en una realidad inexcusable en la cual hemos sido protagonistas y gestores de las grandes problemáticas que nos aquejan, estamos llamados en este momento a propiciar un viraje en nuestros modos de actuación y posicionamiento en la vida, que tiene sin lugar a dudas que empezar por una transformación personal de la forma como tomamos el hecho y la responsabilidad de estar vivos. Es aquí donde surge la pregunta para todos los que asumimos y aceptamos convencidos, ser agentes activos del cambio social, inscribirnos en la institución sobre la cual reposa la esperanza de la dignificación humana: ¿cómo hacer que la educación en la vida del hombre aproveche la realidad como oportunidad creativa, que permita el paso de los intereses exclusivamente individuales a una cultura del respeto y la solidaridad colectiva, al deseo de plantearse un proyecto de vida que va más allá del “tener” o el “saber por el saber” trascendiendo a las esferas del “ser” y el “convivir”?

La escuela en general y la universidad en particular está llamada a la reformulación de una nueva utopía, a seguir creyendo, a continuar caminando, a abrir espacios en los que se pongan en juego valores fundamentales como la tolerancia y la honestidad, en los que se propicie la reflexión crítica, la

participación en proyectos sociales y la reconciliación con la naturaleza; la universidad como espacio de construcción permanente y de desarrollo de la personalidad, aspectos que tributan a la recuperación de la confianza, la fe y la convicción de que, en definitiva, es mejor cuando somos más de dos en la instauración de senderos más vivibles.

En este sentido la propuesta de una educación en valores, permea todo el proceso educacional y por tanto las actividades cognoscitivas, afectiva y volitiva del hombre, permitiéndole actuar de una u otra forma, establecer una jerarquía entre las cosas y llegar a la convicción de que algo es significativo o no en su vida, y es totalmente vigente. Se debe tener en cuenta como premisa fundamental que los valores tienen un carácter subjetivo por una parte, pues dependen del grado de significación que el sujeto le da a los objetos y fenómenos y por otra parte poseen un carácter objetivo ya que están relacionados con la valoración que el sujeto hace de las cualidades reales del mundo que lo rodea, entonces se establece una relación dialéctica entre estos dos caracteres. Además, los valores responden a las necesidades que se van desarrollando en las diversas relaciones que se establecen durante el proceso educativo, por tanto siendo los valores el resultado de una experiencia individual a partir de situaciones y contradicciones que las personas presentan en su proceso de socialización, la educación en valores y el desarrollo moral constituyen parte fundamental del proceso de desarrollo de la personalidad, como sistema orgánico e integral, resultado de la educación.

El individuo logra estructurar una escala propia de valoraciones en torno al mundo que lo rodea mediante un proceso específico en la conciencia, para Kohlberg, tal y como lo plantea URBAY, (2004: 20), el desarrollo moral consiste en una serie de transformaciones cognitivo-estructurales de la concepción del "yo" y de la sociedad, y el razonamiento moral en un proceso de adaptación de papeles que asume una estructura lógica. Kohlberg plantea además que entre la madurez cognoscitiva y la madurez moral existe una estrecha relación, la primera es una

condición necesaria pero no suficiente del desarrollo moral y ético. Por tanto la importancia de instaurar unas prácticas educativas desde la perspectiva integradora de lo instructivo, lo educativo y lo desarrollador, que mantengan siempre la intrincada relación entre los componentes tanto personales (estudiante-maestro-grupo) como personalizados (objetivos, contenidos, métodos, medios, evaluación) de la didáctica misma del proceso enseñanza-aprendizaje, es magistral. Solo así se logra imprimir al acto educativo una connotación significativa que a su vez despierta emociones positivas en el estudiante y hace del asistir puntualmente a clases un hecho inaplazable.

En la medida en que el sujeto practica sentimientos, emociones, experiencias significativas en las relaciones con los otros, a través de diversas actividades y haciendo uso de sus facultades comunicativas, va configurando su escala de valores a partir de los significados socialmente positivos que estas posean, el acto educativo que de alguna manera tiene como columna vertebral la formación en valores debe entonces abrir el espacio para dichas prácticas.

Es importante establecer que la educación en valores debe ser competencia de todos los maestros independientemente del nivel educativo y del área específica de estudio, no puede bajo ninguna circunstancia verse relegada a una clase aislada de baja intensidad horaria y de carácter casi optativo, tal y como sucede particularmente en las instituciones universitarias de muchos países, entre ellos Colombia –preocupación particular de este estudio- se requiere de un trabajo interdisciplinario en el que el esfuerzo e intencionalidad educativa de todos logren una inferencia efectiva que permita no solo la aprehensión de los conocimientos nuevos a cerca del mundo y de las normas y valores que rigen las relaciones que se establecen dentro de él, sino que a su vez desarrollen en el plano de las convicciones unas necesidades y motivos de índole superior que se traduzcan en el plano axiológico, volitivo y de modos de actuación concretos de los individuos que están en formación. “El problema de la educación en valores tiene que ver con las existencia y evolución del hombre en la sociedad, con el

desarrollo de este como personalidad, con los factores socializadores y sistemas de normas y principios que rigen el comportamiento de los mismos, de ahí que un enfoque monodisciplinar no brinde una visión integradora de cómo ocurre la misma en los diferentes momentos de desarrollo del sujeto” (URBAY, 2004: 45).

Los estudiantes que llegan a las universidades ávidos de conocimientos y experiencias significativas, son jóvenes que poseen todo un potencial creador además un posicionamiento en la vida más estructurado que en la adolescencia además “ las normas y valores del joven aún están influidas por la relación con el grupo y los adultos, pero ya adquieren una relativa independencia, ya que no son aceptadas automáticamente, sino que son examinadas en forma crítica bajo el sello de su elaboración personal y de la concepción del mundo que se está formando” (PEREZ, et al., 2004: 233). Qué mejor edad en que la avidez y el deseo deben ser canalizados!, es en esta edad en la que comienzan a desarrollarse aquellos procesos internos que a finales de esta conducen a la formación de puntos de vista y orientaciones estables e independientes. Reproduzco a continuación las palabras del eminente pedagogo soviético: Sujomlinski, citado por Esther Baxter en *La formación de Valores una tarea pedagógica*, y cuya exquisitez literaria reflejan el movimiento telúrico del alma de un joven:

“No me tuteléis, no me sigáis, no entorpezcáis cada paso mío, no me sujetéis con los pañales de la vigilancia y el recelo, no se os ocurra hablar de mi cuna. Soy un hombre independiente y no quiero que me conduzcan de la mano. Tengo ante mí una alta montaña. Es el objetivo de mi vida. La veo, pienso en ella, quiero alcanzarla, quiero subir por mi mismo a su cima (...) pero necesito la ayuda de un amigo mayor. Llegaré a la cima si me apoyo en el brazo de un hombre fuerte (...).”

¿Cómo no aprovechar el encanto de una etapa beligerante y decidida, una etapa en la que no importa cuanto se arriesga, si en cada acto va toda la impronta de la vida misma? ¿Cómo lograr que de forma semejante convoque la aventura de un

beso, que la aventura del conocimiento? ¿Cómo hacer de las prácticas educativas un réquiem por un sueño, una intencionalidad dirigida de forma idónea y con un rigor dulcemente atrapante?... ¿Cómo hacer de las clases una cita con la provocación y la seducción hacia esos senderos transitados por otros pero con un millón de recodos por re-crear?... solo cuando se signifique la carga afectiva que pueden llegar a tener el encuentro pedagógico y el valor transformador del mismo, se podrá hablar de una educación efectiva en valores, que no se queden en el plano de lo intelectual sino que traspasen la esfera de lo afectivo, lo motivacional, lo conductual, que se hagan una realidad. A este respecto dos personalidades nos ofrecen de forma puntual sus consideraciones:

Dr. José Fabelo al reflexionar acerca de la formación de valores en las nuevas generaciones señala:

“Los valores que se forman en la conciencia juvenil son el resultado de las influencias, por un lado los valores objetivos de la realidad social con sus constantes dictados prácticos o de las institucionales que llegan al hombre en forma de discurso ideológico, político y pedagógico”.

La Dra. Esther Baxter plantea que *“la formación de valores tiene gran importancia para el desarrollo de la personalidad para lograr que los jóvenes asuman una participación correcta dentro de las luchas que caracterizan la etapa constructiva de la nueva personalidad... debe regir el comportamiento general de la juventud que orientan su conducta y determina sus actitudes, sus formas de actuar”.*

Todo esto es lo que el maestro haciendo uso de su experticia debe aprovechar, haciendo que las formas organizativas de las prácticas pedagógicas vayan más allá de la clase, generándoles expectativas, inquietudes, confrontaciones de forma tal que los oriente hacia otros horizontes posibles. Desde la experiencia que puede llegar a significar 33 años de vivir y desenvolverse en un país bello y adolorido como lo es Colombia, encontramos que la realidad demuestra como desde tempranas edades y hasta este período de desarrollo de la personalidad, la

competitividad y ansias voraces de un materialismo consumista hacen que jóvenes tanto de sectores marginales como de estratos socio-económicos altos – sin distinción- resulten refundiéndose en los oscuros túneles de la toxicomanía o engrosando las filas de la delincuencia organizada o no, sin contar con que por las diversas problemáticas de desplazamiento violento y forzado hacia las grandes urbes, la prostitución e indigencia han tenido un incremento realmente considerable. Urge la instauración de una educación en valores desde la cuna hasta el último eslabón dentro de la calificación personal que en realidad no acaba: la tortuga longeva o el árbol de manzana nacieron para ser eso y lo hacen de la mejor manera, cumplen su nicho ecológico, pero el hombre, es esa maravillosa especie que aún bebiéndose el último respiro de sus existencia no puede garantizar que es un ser acabo y perfecto...pero lo que sí es cierto es que en esto, reitero, la educación tiene la palabra.

Para enfrentar estos retos se requiere de un trabajo concienzudo en las dinámicas de perfeccionamiento permanente de los docentes, el análisis objetivo de sus prácticas, el desarrollo de su sensibilidad combatiente, la calificación constante dentro de la profesionalización docente, ratificar la convicción de que su labor trasciende los límites propios de la tarea asignada: “asignatura”, la reivindicación de su profesión al lograr experimentar en el alma que nadie llega a ser maestro por voto electoral o designación rectoral, no es una aparición repentina y ofuscante. El llegar a ser maestro es un lento amanecer tan prolongado como la propia vida, en el que él conjuga el universo de la cultura, es portador de herencias, expresa con sus enseñanzas la continuidad de la historia de la humanidad y es por eso que su obra persiste más allá de los linderos del tiempo, su voz no se apaga, así su existencia se siembra (porque a los muertos trascendentales no se les entierra, se les siembra). Un maestro que siendo testimonio de vida demuestra que una educación en valores es la columna vertebral de cualquier propósito educacional que pretenda centrar sus intereses en el “ser” y el “convivir” y que fomente una convivencia pacífica en la que se dignifique la vida en cualquiera de sus expresiones. Un maestro que sabe y siente

que no está solo sino que gracias al trabajo colectivo se aúna esfuerzos en pro de lograr la unidad de las orientaciones valorativas. Un maestro que, por convicción y siendo testimonio le confiera la supremacía de valor entre los valores que la humanidad ha construido, a la vida.

(...) los valores son un componente de la vida humana. La vida no se hace sólo de hechos, sino que se hace de hechos valorados, de decisiones valoradas, hacemos nuestra vida desde lo que valoramos, desde lo que preferimos. (CORTINA, 2002) Por esto cuando volvemos al principio de la vida como valor inalienable encontramos que las grandes problemáticas que nos aquejan a nivel mundial reposan sobre una crisis de valores generalizada, sobre cuyas urgencias se tendrán que erigir nuevos cánones y principios rectores y reguladores de un nuevo modo de ser y estar en el mundo, porque es imposible creer que el mundo se quedo sin utopías que reivindicar. Sí aspiramos a perfeccionar la sociedad para los hombres, estos han de perfeccionarse y ha de lograrse su mejoramiento para la sociedad. Debemos partir del hombre que tenemos para llegar al paradigma de hombre nuevo que aspiramos y así concentrar esfuerzos, imprimirle fe y amor a cada uno de nuestros actos, creer en nuestras victorias pírricas, seguir caminando. Asistir con decoro heroico a las clases, como espacio donde se re-crea, engrandece y dignifica la condición humana, donde se entretejen tantos sueños y se apuesta a la construcción no solo de unos proyectos de vida individuales, emergentes y propositivos, sino también de un proyecto de vida colectivo, entonces pongámosle corazón, alma e intelecto a cada uno de nuestro más mínimos actos y reivindicemos utopías.

A partir de estas reflexiones queda abierta la invitación para que seamos más los que nos demos a la tarea de incorporar en nuestra línea de investigación este campo en el que hay tanto por hacer, el planteamiento de estrategias, entrenamientos, sistema de acciones y cualquier otro esfuerzo en la calificación tanto profesional como personal del maestro universitario en esta línea serán aportes significativos que iluminen nuevos caminos.

BIBLIOGRAFÍA:

- Fabelo Corzo, José. *“Intervención en la audiencia pública sobre formación de valores de las nuevas generaciones de la comisión cultura, ciencia y tecnología de la Asamblea Nacional del Poder Popular”* La Habana, 1995.
- Baxter, Esther *“La formación de valores: una tarea pedagógica”*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1989.
- Cortina, Adela. *“Educación en valores y responsabilidad cívica”*. Editorial El Búho Ltda. Bogotá. 2002.
- Pérez Martín, Lorenzo et al. *“La personalidad, su diagnóstico y desarrollo”*. Editorial pueblo y educación. La Habana. 2004.
- Urbay, Marylín. *“Entrenamiento para el desarrollo profesional del docente en el desempeño de las tareas de la educación en valores de las niñas y niños preescolares”*. Santa Clara. 2004. Tesis de Doctorado